

LOS ALFABETOS ARCAICOS GRIEGOS Y EL ORIGEN DE LA ESCRITURA PALEOHISPÁNICA

MANUEL PÉREZ ROJAS*

La aparición ocasional de ciertos epígrafes relevantes obliga, en determinadas circunstancias, a la revisión de algunos de los principios teóricos que normalmente manejamos con excesiva confianza en el estudio de un área epigráfica. Sin embargo esa relevancia y sus posibles incidencias no siempre se descubren a primera vista y en consecuencia la rutina puede hacer que las revisiones resulten más lentas de lo deseable, y originen un cierto retraso en la puesta al día y la agilización de las investigaciones.

En relación con la escritura paleohispánica se admitió desde antiguo que en su origen incidieron al mismo tiempo la influencia griega y la fenicia. El aspecto formal del signario era en términos generales propio del griego arcaico, pero en algunos signos específicos, como los correspondientes al *mem* y a la *yodh*, la influencia era claramente fenicia. Por ello afirmó alguno de los grandes maestros que al menos estos rasgos concretos habría que incorporarlos a los que revelan arcaísmo respecto al griego, que denota «posterioridad»¹, toda vez que la *iota* perdió por completo el apéndice central, incluso en el período arcaico.

Frente a esta creencia, especialmente a partir de los primeros coloquios sobre lenguas y culturas paleohispánicas, se impuso paulatinamente la teoría de Schmoll, que preconizaba un origen netamente fenicio, y se desechó la influencia griega en los orígenes de nuestra escritura².

El epígrafe de Espanca, aparecido hace poco más de un década cerca de Castro Verde (Portugal)³, pone en entredicho esta teoría, y nos obliga a tornar a los planteamientos de Gómez Moreno. Aunque en los primeros comentarios sobre este epígrafe se ha seguido por inercia la teoría de Schmoll⁴, ésta empieza a desmoronarse⁵, ya que el epígrafe en cuestión aporta datos que por ahora, y salvo prueba en contrario, nos obligan a mirar otra vez hacia la doble conexión con lo fenicio y lo griego⁶.

El signario de Espanca nos viene dado en una plancha de pizarra de color oscuro, de tendencia rectangular y de unos 48 cm de longitud en su lado mayor. La simple contemplación superficial de esta inscripción nos trae al recuerdo el formato de las estelas funerarias del Suroeste, tanto en lo que se refiere al soporte de pizarra como en lo tocante a la distribución de los signos, paralelos al borde, que giran en ángulo recto contorneando

Hispanicarum, I.1, Wiesbaden 1975, § 7 (En lo sucesivo citaré esta obra mediante su abreviatura universalmente aceptada: *MLH*); DE HOZ, J., «Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación», *Aula Orientalis* 4, 1986, 73-84.

3. UNTERMANN, J., *Monumento, Linguarum Hispanicarum*, IV. *De Tartessischen, keltischen und lusitani*, IV J.25.1, Wiesbaden 1997.

4. CORREA, J.A., «El origen de la escritura paleohispánica», GONZÁLEZ, J. (ed.), *Estudios sobre Urso*, Sevilla 1989, 281-302; DE HOZ, J., «El origen oriental de las antiguas escrituras hispanas y el desarrollo de la escritura del Algarve», *Presenças orientalizantes em Portugal. Da prehistoria ao período romano*, *Estudos Orientais* I, Lisboa 1990, 238-243.

5. ADIEGO, I.J., «Algunas reflexiones sobre el alfabeto de Espanca y las primitivas escrituras hispánicas», ADIEGO, I.J.; SILES, J.; VELAZA, J. (edd.), *Studia paleohispanica et indogermanica J. Untermann ab amicis oblata*, Barcelona 1993, 11-22, corrigiendo el criterio de UNTERMANN, J., «Neue Überlungen und Eine neue Quelle zur Entstehung der altihispanischen Schriften», *Madrider Mitteilungen* 38, 49-66.

6. PÉREZ ROJAS, M., «Las inscripciones con escritura tartésica de la Cueva de La Camareta y su contexto onomástico», *Antigüedad y Cristianismo* X, 1993, 157-162.

* Exprofesor de la Universidad Complutense. Jubilado.

1. GÓMEZ MORENO, M., *La escritura Bástulo-turdetana (primitiva hispánica)*, Madrid 1962, 16.

2. SCHMOLL, U., *Die Südlusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1961. La influencia de esta obra ha sido general en la casi totalidad de la bibliografía que ha tratado sobre la escritura del sur peninsular, por lo que resulta ocioso reiterarla aquí. Citaré sólo dos ejemplos ilustrativos: UNTERMANN, J., *Monumenta Linguarum*

dos de los lados de la superficie una losa, a modo de «L». El paralelismo se acentúa muy especialmente con las estelas de Nobres (Ourique) MLH J.16.1 y la de Pardieiro (Odemira) MLH J.15, que resultan ser totalmente idénticas. (Véase la imagen del epígrafe en la figura 1, según Untermann, MLH J.25.1).

Resulta sorprendente que incluso un alfabeto, con presunto destino escolar, se inspire en los textos más usuales del Suroeste, a los que preferentemente estaba destinada la escritura en aquellas regiones. Así se corrobora de forma material lo que desde siempre se ha sabido por razones meramente estadísticas. Pero además nos sirve para comprobar, sin lugar a dudas, que no se trata de epígrafe importado, sino de una producción netamente indígena, destinada a la propia región en la que apareció.

Desde el primer momento, el epígrafe de Espanca se dio a conocer como un alfabeto, debido a que aproximadamente la primera mitad de su signario sigue el orden alfabético, y este sólo detalle le proporcionaba un carácter inconfundible frente al resto de los epígrafes sudlusitanos.

Basta con una mirada circunspecta al epígrafe para comprobar que la primera línea ha sufrido fracturas en tres lugares diferentes, lo que hace que al menos ocho de los signos queden seriamente dañados e irreconocibles. Por esta causa debió trazarse la segunda línea, que resulta ser copia de la primera, y restauraba el sentido general del texto. Como ya hice notar en otra ocasión, el signo que en la copia ha sufrido más variación es precisamente el correspondiente a la *m*⁷, que ha pasado de una forma ligada al arcaísmo a otra propia del fenicio medio, lo que induce a pensar que el autor del proyecto de la segunda línea debió ser un maestro culto, bilingüe o trilingüe, conocedor de los sistemas escriturarios vigentes en aquel momento.

Este hecho es de capital importancia, y nos permite un gran avance para la interpretación. En efecto aquí tenemos en la primera línea escrita una forma arcaizante del *mem*, ligada a los primeros tiempos del alfabeto fenicio, mientras que en la segunda línea tenemos una innovación propia del fenicio medio, que según los datos de Jensen puede situarse a partir del siglos v a. C., es decir en el trayecto final de la escritura del Suroeste antes

de sucumbir definitivamente. Aunque el epígrafe de Espanca apareció fuera de contexto, según noticias indirectas⁸ la exploración del lugar y las cerámicas de superficie denotaron un período de habitación datable al menos en el siglo v a. C., fecha acorde con la innovación epigráfica en el inicio del fenicio medio. Así pues, retomando el tema que nos interesa, digamos que entre las dos líneas del epígrafe de Espanca convive al mismo tiempo el arcaísmo con la innovación, es decir una «anacronía». Lo más verosímil es que entre el grabado de la primera línea y el de la segunda no transcurriera más tiempo que el que media entre una o dos generaciones, es decir, el paso de padres a hijos o a lo sumo de abuelos a nietos. Tal vez medio siglo o poco más. Y en el transcurso de ese tiempo, por causas completamente aleatorias, ligadas al criterio personal de un individuo, puede plasmarse una variante en la morfología de un signo alfabético.

Hechas estas observaciones podemos relativizar el presunto arcaísmo del signo correspondiente a *yodh* en las escrituras paleohispánicas. Gómez Moreno⁹ señaló al respecto la posterioridad de lo griego, y es posible que tuviera razón. Pero, a la luz de lo que nos enseña el texto de Espanca, no podemos concluir *a priori* que la escritura hispánica sea más antigua que la griega. En teoría es igualmente posible que a partir de un mismo modelo de alfabeto los maestros griegos decidieran innovar la forma de *yodh*, en el siglo VIII por ejemplo, mientras que los hispanos, con ese mismo modelo de referencia, pudieron decidir conservar el arcaísmo mucho tiempo después, en el siglo VII. De lo que no cabe duda es de la posible relación, directa o indirecta, entre lo hispánico y lo griego.

En definitiva, lo que nos trae al recuerdo este dato del epígrafe de Espanca es el viejo dilema de la sincronía y la diacronía, que preocupó de forma muy peculiar a ciertos maestros del estructuralismo. Claude Lévi-Strauss, que en su juventud realizó algunos estudios de Geología, resolvió este problema con un símil geológico. Entre los varios períodos geológicos han podido transcurrir milenios y hasta millones de años. Pero cuando observamos un corte estratigráfico sobre el terreno lo vemos todo sincrónicamente, y podemos estudiar sus estratos como fenómenos observados *hic et nunc*, aunque el tiempo que separa a un estrato de otro sea cuantioso. La ocurrencia de Lévi-Strauss

7. PÉREZ ROJAS, «Las inscripciones...», o.c. 158-159.

8. DE HOZ, o.c., en nota 3, 238.

9. Vid. nota 1.

es de gran utilidad para nosotros a la hora de iniciar un estudio interno, en la menguada proporción en la que sea posible. Intentar iniciar al menos un estudio de esta naturaleza podrá tener alguna perspectiva de futuro en la medida en que nos permita situar al menos en una vía de solución coherente los múltiples problemas, incógnitas y anomalías que plantea en todo caso el estudio del epígrafe. Veamos algunas de ellas.

El texto consta de 27 signos diferentes entre sí, y poco más de la mitad siguen el orden alfabético, razón por la cual pudo ser identificado como un alfabeto desde el primer momento. Sin embargo a partir de este mismo inicio surgen los problemas. Personalmente me inclino a ver el orden alfabético griego, y no el fenicio porque la posición de la *waw* implica un desplazamiento genuino de los alfabetos griegos, sin paralelo en el mundo fenicio. Pero además la aparición de la *o*, a continuación de la *waw* nos conecta también con la posición de la Ω , es decir, con los signos genuinos griegos que se añaden progresivamente detrás de la *tau*, al final del alfabeto original fenicio. En principio es lógico pensar que, salvo prueba en contrario, el orden alfabético que registra el signario de Espanca queda simbólicamente delimitado entre el *alfa* y la *omega*.

En el cuadro general del signario de Espanca, figura 2, llamaremos a esta primera serie de quince signos «Tabla 1» para individualizarla frente al resto del signario. Ahora bien, incluso en este primer conjunto de signos, que por seguir el orden alfabético podemos considerar como tramo no conflictivo, aparecen varias anomalías, que aludiremos seguidamente.

En primer lugar hay una alteración del orden en los signos relativos a las labiales. La *pi* aparece en el lugar de la *beta* y en el lugar de la *pi* aparece un signo extraño en forma de luneta semicircular que —aparentemente al menos— resulta ser ajeno a todo el contexto hispano. Naturalmente, al aparecer en el lugar de la *pi* se impone la interpreta como labial. Estas mismas anomalías respecto a *beta* y *pi* aparecen también en el alfabeto arcaico de Creta, que es el que he tomado como referencia griega en el mismo cuadro (columna G) Por consiguiente no se trata de un caso aislado sino que debe responder a una causa posiblemente histórica, común con lo cretense y que en definitiva se supera en los demás alfabetos arcaicos. El resto de los signos son morfológicamente homogéneos, ajustados al canon greco-fenicio.

La segunda anomalía es que los quince primeros signos, aunque aparecen por riguroso orden alfabético, no son contiguos, y dejan entre sí doce espacios vacíos. La única explicación es pensar que la adaptación del alfabeto se hizo por fases, y la primera abarca las oclusivas sordas y sonoras (*p t k, b d g*), las continuas (*l, m, n, s, Ê*), y las vocales que en el ambiente griego vendrán a ser más adelante indistintamente largas o breves.

Lo que seguidamente cabe pensar es la posibilidad de que los doce signos que siguen al orden alfabético tengan alguna relación, parcial al menos, con los espacios vacíos. Entonces observamos una cierta simetría y es que la primera mitad (signos 16 a 21) pertenecen también morfológicamente al modelo canónico fenicio y griego, aunque aparezcan desplazados tras la *tau*. Los llamaremos «Tabla 2», para individualizar las referencias en el cuadro general. En cambio los últimos seis signos son añadidos, de origen ajeno al alfabeto canónico y los constituiremos en la «Tabla 3» del mismo cuadro general.

En la tabla 2 los signos 17 y 18 (*teth* y *heth* fenicios) han cambiado entre sí su posición, como ya se vio respecto *beta* y *pi* en la tabla 1. Estos fenómenos son señales evidentes de que los alfabetos no se copiaron servilmente sobre el precedente fenicio, sino sobre un modelo anterior o una planificación previa. En otro lugar he sostenido que el modelo pudo estar originalmente relacionado con los textos políglotas del entorno ugarítico¹⁰.

Algunos signos registran variantes no frecuentes, concretamente los n.º 19, 20 y 26 alteran sus formas de manera muy notable respecto a las usuales en la escritura hispánica. Los signos 21 y 22 corresponden a la escritura levantina, aunque se utilizan ocasionalmente en la moneda de Iliberri, la actual Granada. Todos estos signos, problemáticos por diversas causas, como queda dicho aparecen con asterisco en el cuadro general. Hecho el recuento de los signos identificables por el sistema de Gómez Moreno (los que no tiene asterisco), e identificados provisionalmente por analogía los demás, sólo nos queda sin explicación posible el signo 22, que corresponde al sistema levantino, y no al meridional. Paradójicamente nos falta el signo silábico correspondiente a *Bu*, que pasa a *Bo* en lo levantino. Esta coincidencia me permite establecer

10. PÉREZ ROJAS, M., «Del confusionismo metodológico al verdadero origen de la escritura tartésica», ALVAR, J. (ed.), *Home-naje a José M^a Blázquez*, VI. *Antigüedad: Religiones y Sociedades*, Sevilla 1998, 351-369.

hipotéticamente la correspondencia por exclusión. Con estos presupuestos podremos dar por válida la distribución en tres tablas en la medida en la que encontremos una razón que justifique tal distribución, que además permita resolver algunos de los enigmas o problemas ya mencionados y que por razones estructurales garantice las lecturas por uno de los sistemas propuestos para la lectura, sea el de Gómez Moreno, o el de Ulrich Scmoll.

En este sentido podemos reconocer que en la primera tabla, que resulta ser la más regular y la más extensa puesto que supera con sus 15 signos a las dos tablas restantes juntas, coinciden además por riguroso orden alfabético las formas de los sig-

nos perfectamente regulares, excepción hecha del caso de la *pi*, que en el contexto general resulta anecdótico. También el caudal incluido en esta tabla resulta ser sistemático desde el punto de vista de los valores de los signos relativos a oclusivas y continuas, hasta el punto de que no se distingue de la clasificación que pudiera hacer un gramático de nuestro días.

Dejadas así las cosas cabe pensar como nexo del origen común un intento de traducir las equivalencias de dos sistemas de escritura, el ugarítico y el lineal B, que explicaría la coincidencia que se observa entre el orden de los signos añadidos en los alfabetos griegos y el que corresponde al ugarítico¹¹.

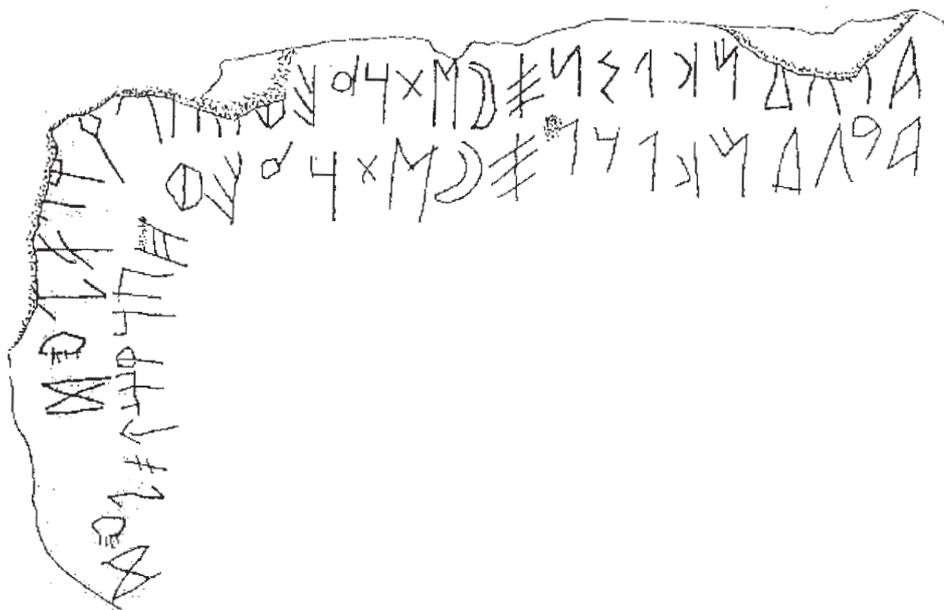


Figura 1

11. PÉREZ ROJAS, «Del confusionismo...», *o.c.*

	F.	G.	Tabla 1:	Tabla 2:	Tabla 3:
1)	A	Α	A	A...1	-
2)	B	Β	Β	Bi...2→	Ψ *Bu...22
3)	C	Γ	Γ	Ka...3	-
4)	D	Δ	Δ	Tu...4→	Ϝ To...16
5)	E	Ε	Ε	-
6)	F	Ϝ	Ϝ	↑ W...23
7)	Z	Ζ	Ζ	Φ Te...17
8)	H	Η	Η	↑ E...24
9)	Th	Θ	Θ	Ϟ Ti...18
10)	I	Ι	Ι	I...5	-
11)	K	Κ	Κ	Ke...6→	↓ Ki...25
12)	L	Λ	Λ	L...7	-
13)	M	Μ	Μ	M...8	-
14)	N	Ν	Ν	N...9	-
15)	X	Ξ	Ξ	S...10	-
16)	O	Ο	Ο	-
17)	S'	Ϛ	Ϛ	*Ba...11→	Π *Bo...19→
18)	S	ϛ	ϛ	S'...12	-
19)	Q	Ϝ	Ϝ	ϙ *Ku...20→
20)	R	ϝ	ϝ	Ϟ *R...21
21)	S	Ϟ	Ϟ	-
22)	T	Τ	Τ	Ta...13→	-
23)	Y	Υ	Υ	U...14	-
24)	Ph	Ϙ	Ϙ	-
25)	Ch	ϙ, X	ϙ, X	-
26)	Ps	Ϟ	Ϟ	-
27)	O	Ϛ	Ϛ	O...15	-
(S)		(Ϛ)			
29)	D	-	Ϝ	To 16	
30)	Z	-	Φ	Te 17	
31)	Th	-	Ϟ	Ti 18	Tabla 2 ↑
32)	P	-	Π	*Bo 19	
33)	Q	-	ϙ	*Ku 20	
34)	R	-	Ϟ	*R 21	
35)	B	-	Ψ	*Bu 22	
36)	Y	-	↑	Y 23	
37)	H	-	Ϝ	E 24	Tabla 3 ↑
38)	K	-	↓	Ki 25	
39)	P	-	Ϟ	*Be 26	
40)	Q	-	Ϟ	Ko 27	

Figura 2